

# EL EXPRESO

Viajero: Tú, el de las gafas ahumadas, el que mira entre indiferente y aburrido por la ventanilla, el que se limpia el rostro sudoroso con arrugado pañuelo, el que consulta impaciente el exacto reloj en espera de la llegada al punto de destino; a tí, sí, me dirijo; a tí, que eres el hombre de la ciudad, el hombre con sello cosmopolita, viajero por todos los caminos de hierro, por todas las sendas de asfalto, por todas las invisibles líneas del espacio; el que siempre marcha a «toute vitesse», leyendo los artículos de fondo, sin fondo alguno, de cualquier vulgar periódico, para distraer esas horas inactivas; asómate un poco al exterior, sin hacer caso a ese insulso cartel que lo considera peligroso y observa con atención. Mira esas pequeñas casas, blancas de cal y brillantes de sol; no están apretujadas como para sostenerse, cual sucede en tu ciudad; ellas se yerguen solitarias y reducidas, aireadas por todos los vientos y regadas por todas las nubes; en su redor no hay duras avenidas de cemento ni artificiosos vehículos de explosión, sino verdor de espigas que maduran y rumor de agua que corre humilde besando los pies de multitud de plantas que en el huerto crecen. No pienses que todo es soledad; hay gente, pero no tropiezan ni se empujan porque no tienen prisa. Son como dioses campesinos, y para los dioses no tiene significado el tiempo ni la distancia. Dije antes que no es soledad y quiero rectificar: si lo es; pero soledad fecunda, reposada, porque todo lo grande y trascendente requiere de quietud y de serenidad y la tierra, en su perpetuo trance de gestación, necesita de ellas. No me admiro de tu asombro; lo comprendo. Nunca te detuviste a meditar que sin esa labor callada todo tu mundo, que es magia, teatro y decorado, y al fin de cuentas, vanidad —en su sentido de huero— vendría abajo. ¿Quiéres que te diga lo que me parece? Pues algo así como este expreso que en su ir y venir pasa fugaz ante lo que esencialmente es verdadero, ensuciándolo de humo y ocultándolo con cortinillas, y un día y otro corre, corre, llevando por carga una suma de preocupaciones, intereses, angustias, esperanzas —que somos nosotros— y al llegar al punto de destino, que alguna vez coincidirá con el de su término definitivo, todos salen, todos se desparraman, cada cual en busca de solución, y él queda vacío, inmóvil, quizá arrumbado para siempre. ¿No has comprendido, viajero, lo que intento decirte? Que no vale la pena atosigarnos de envidias, ni llenarnos de tristezas, ni agobiarnos de preocupaciones por causas que no sean vitales. Lo importante es nuestra doble vida —física y espiritual— que crece y alcanza su plenitud en la serenidad y sosiego de un cultivo tenaz, continuado, libre de prisas y en un ambiente limpio de hedores y nocivas cizañas, como en la parábola de Jesús.

*M. Molina Rabasco.*